



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM. 10394

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º día de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MIERCOLES 15 DE ABRIL DE 1896

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Camartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

MAQUINAS Y HERRAMIENTAS

Para las minas, las fundiciones, obras públicas y para la agricultura.

Arados de doble vertedera, Bombas de gran rendimiento, Máquinas para panaderías, Molinos especiales.

Especialidad en calderas y máquinas de vapor, cables de abaca y metálicos, vía férrea con sus wagonetas, plataformas y demás accesorios, correas, etcétera.

Báculos y Cajas para candales. Excelentes referencias sobre la bondad de nuestros artículos.

CAMILO PEREZ LURBE
12. CASTELLINI 12.

LAS ELECCIONES

Ha sucedido lo que esperábamos. El cuerpo electoral no ha hecho caso de las urnas; las ha visto con gran indiferencia y ha pasado de largo, seguro de que no por eso dejaría de figurar su nombre en las listas y su papeleta en la urna. Esá tan acostumbrado á que el caso se repita, que no le ha podido extrañar lo que ha pasado.

En la casi totalidad de las circunscripciones no ha habido lucha; gobierno y oposiciones se han repartido las actas, y si se hubiese publicado la verdad de la elección, habría diputado que lo sería por un centenar de votos y aun por menos.

Todo eso estaba descontado. Pedir á España votos en estos momentos en que se desangra y en pobreza era demasiado pedir. España ha hecho lo que ha hecho: seguir pensando en las desdichas de Cuba y no hacer caso de las elecciones.

Tal vez el mismo gobierno ha tenido miedo de empeñar á los partidos en una lucha electoral y se ha prestado al reparto equitativo de actas, y á eso se debe que las elecciones hayan pasado inadvertidas en Barcelona, Valencia, Alicante, Cartagena, Cádiz, Oviedo, etcétera, etcétera.

En muchos distritos no han luchado las oposiciones, dejando el campo libre á los ministeriales, y en no pocos han luchado los candidatos del gobierno con individuos de su propio partido.

¿A qué se debe, pues, este sedimento de rencores y disgustos que ha dejado tras sí la elección del domingo? Si no ha habido lucha y no han podido quedar disgustados los mantenedores de un combate que no se ha librado como viene la prensa llena de acusaciones, reproches y presagios siniestros, llegando algún periódico á llamar la atención de sus lectores sobre la razón que habría para abandonar el camino legal y seguir otro distinto?

Es que estamos mal acostumbrados; es que nuestra educación política es pésima; es que aquí se ha generalizado tanto el juego de cubiletes en las elecciones, que no se puede prescindir de ellos y se dan pucherazos por costumbre y se manda á los electores á la cárcel ó se les impide votar por capricho; y es tal la costumbre de hacer trampas, que se hacen aunque no hagan falta para ganar la partida.

Y para llegar á tan lastimoso resultado hemos escrito el sufragio universal en nuestras leyes! Y para legarnos esa conquista democrática derramaron su sangre nuestros padres en los campos de la revolución!

No se diga que el gobierno solo tiene la culpa del desprestigio del sistema. No tuviera quien le ayudara, y no lo desacreditaría.

Ahi está la elección de Madrid. No hubiera un par de millares de caballeros que se prestaran al despojo, y sería diputado el marqués de Cabriñana. Sin esos dos mil interventores el escándalo hubiera sido imposible.

Esas dos mil personas no son agentes del gobierno sino gente mas ó menos acomodada, buenos padres de familia, hombres virtuo-

sos, pero que no retroceden ante el delito cuando éste es electoral.

Con esos elementos, y otros tantos que hay de reserva, cada elección tiene que ser un escándalo.

EL CURA del Regimiento.

Un ilustre literato que sirvió en África como voluntario en el batallón cazadores de Ciudad Rodrigo, Pedro Antonio de Alarcón, hizo la observación, que no deja de tener exactitud, de que al cabo de cierto tiempo de vida guerrera el aliente del capellán adquiere aspecto de acólito, mientras su amo se transforma en una especie de templario, mixto de soldado y de monje.

El cura del Regimiento es un tipo digno de estudio, y á describirlo se han consagrado en todos los países libros por extremo interesantes.

No hace mucho un periódico francés publicó conmovedor artículo en que se traza la silueta de un cura militar que ha hecho todas las campañas modernas de Francia, y que describe lo que ha visto en Méjico, en Reischaffen, en Sedán...

De este artículo tomamos los párrafos siguientes, que no pueden leerse sin viva emoción:

—¿Es verdad?—le preguntó el autor que el grito más constante, casi el único, de los heridos, es para su madre?

—Sí, es verdad. Todos gritan: «Madre!» «Madre!» como cuando eran pequeños, como si su madre pudiese oírlos, como si ella sola pudiera consolarlos. ¡Ah! ¡Pobres criaturas! ¡Qué cosa tan horrible es la guerra!... Y, sin embargo, hay que defenderse, hay que defender la patria... En Sedán, un soldado alistado hacía pocos días y que llevaba un gran nombre, me decía: «He hecho poco por Francia, hubiera querido hacer más, pero no puedo; comprendo que me voy á morir... Escriba usted á mi madre que me muero pensando en ella...»

«Todos me encargaban que escribiese á su madre ó fuera á verla y decirle que su último pensamiento había sido para ella. Y yo, durante la noche, en el cantón ó en el vivac, escribía á aquellas pobres madres, y las enviaba los recuerdos

que para ellas me habían entregado sus hijos, cartas, papeles, alhajas, libros manchados de sangre, que me guardaba mucho de limpiar.

«Cuando acabó la guerra emprendí una larga peregrinación; fui á ver á esas madres, y cuando las presentaba mi cruz de sacerdote, esta cruz sobre la cual habían puesto sus hijos los labios agonizantes, parecía que querían comérsela á besos, como si en ella buscasen la huella del beso de su hijo.

«Un día, una de esas madres me ofreció para mí, para mis pobres, para mis obras, toda su fortuna á cambio de esta cruz.

—¡Ay!—la dije—pobre señora, esta cruz no me pertenece. Es de todas las madres á cuyo hijo pude consolar. Es para mí un tesoro precioso, del que no soy más que depositario.

«Por esto, ahora que estoy en Saint Cyr, cuando los jóvenes alumnos acuden á oficiales y se separan para incorporarse á sus regimientos, diseminados en toda Francia, acostumbro á decirles siempre:—«Hijos míos, id á ver á vuestra madre; arrojadlos ante ella y de cidla, clavando bien vuestros ojos en los suyos: «Mamá, te quiero mucho». Y aún podéis añadir: «Mamá, te adoro». Dios es bueno y no se incomodará si exagerais algo para poner á vuestra madre sobre todo.»

EN LA RATONERA

Es evidente que las fuerzas insurrectas, que después de la primera invasión á la provincia de Pinar del Río intentaron la segunda, están arrepentidas de su temeridad. Quisieron hacer un alarde en vísperas de ser votada la beligerancia para inclinar más en su favor el ánimo de senadores y representantes, y allí se fueron para demostrar que no había barreras capaces de contenerlos.

La experiencia les ha hecho salir del error en que incurrieron, y harto lo lamentan.

El general Weyler les ha hecho saber, á costa de su tranquilidad, que si por circunstancias especiales no sirvió para el objeto de contener el avance la trocha del Júcaro, no pasa lo mismo con la de Mariel, barrera insuperable que ha quedado levantada á espaldas de los inva-

res, sobre la cual se revuelven furiosos, como se revuelve el ratón en la ratonera, sin lograr romper los alambres que lo aprisionan.

La línea militar de Mariel ha separado, tal vez para siempre, á Maceo de su compinche Máximo Gómez, que harto de esperar al cabezalla mulato en los linderos de la provincia de la Habana, se ha corrido á las Villas; y aunque otras fuerzas han ido en auxilio de Maceo, con el intento de romper la barrera que lo detiene, y lo han intentado, han pagado con descalabros de importancia su temeridad.

Dos veces ha pretendido Quintín Bandera franquear la trocha de Mariel y solo ha logrado que lo escarmienten, teniendo que renunciar á su proyecto, no sin dejar en el campo, fuera de combate, parte no despreciable de su gente.

De poco le ha servido al mulato ayuda de su subordinado; y así lo ha comprendido, cuando, confiado en sus propias fuerzas, se ha decidido á salir de la ratonera, corriendo por la costa norte con cinco mil rebeldes. Pero la vigilancia es estricta; los destacamentos que guardan la trocha están alerta; las columnas que la protegen no se descuidan y Arolas anda en deseos de echarle el ojo al mulato para escarmientarlo debidamente.

Y lo ha escarmientado, sí; porque si bien las numerosas fuerzas del cabezalla han logrado en los primeros momentos hacer vacilar al batallón de Alfonso XIII, que los cortaba el paso, la llegada de dos columnas lo han desbaratado, obligándole á retroceder con pérdidas enormes.

Este descalabro del cabezalla tiene importancia excepcional y ha demostrado que la trocha de Mariel es lo bastante fuerte para que en ella se esculquen los esfuerzos de cuantos intenten pasarla en son de guerra.

Seguramente el ardor de los insurrectos, harto debilitado por la forzada encerrona, habrá disminuido de una manera enorme, y el idolo Maceo aparecerá ante los rebeldes que le rinden culto con la altura de un enano.

La proximidad del cabezalla á la línea de Mariel ha establecido contacto entre rebeldes y leales, y esta circunstancia nos induce á esperar confiadamente que no tardarán en llegar noticias de un nuevo encuentro.

ERNESTO MALTRVERS

317

de sus perfiles, la inclinación del cuello acompañada de nobleza, todo esto formaba entre ambos jóvenes una especie de semejanza; aunque el grado de sus ventajas personales diferían mucho, siendo superiores á toda comparación los encantos de Florencia. En el momento en que salían de Temple-Grove, delante de cuyo pórtico se habían reunido todos los huéspedes de Cleveland para la despedida, cada uno de los presentes se convenció de la felicidad á que estaban destinadas aquellas personas tan proporcionadas una para otra. La situación en que se hallaban ellos, siempre inspiró interés, aun cuando los futuros esposos nada tenían de notable, así fué que estos obtuvieron el voto de todos los que les miraban, uniéndose su voz á la del buen Cleveland para bendecirlos.

Experimentó Florencia una tristeza indecible al separarse de un suelo consagrado por tan dulces recuerdos. ¿Cuándo volveremos á gozar de esos días tan venturosos? dijo ella, arrojando la postrer mirada á aquel risueño paisaje con sus alvies de flores, con su animada verdura inglesa.

—Nosotros recordaremos estos lugares deliciosos en las umbrías alamedas de mi antiguo hogar, Florencia mía, y tal vez los deberemos á ellos otros recuerdos igualmente dulces.

—Hazme la descripción de tu quinta, Ernesto, supongo que será nuestra residencia ordinaria, no es



CAPITULO VI.

Sin embargo, los novios estaban en camino para volverse á Londres. La apacible y balsámica belleza del día les incitó á que hiciesen este corto viaje á caballo. Se ha dicho, no sé dónde, que nunca parecen tan hermosos los amantes como cuando se hallan uno al lado del otro: además, Florencia y Ernesto á caballo parecían singularmente bien. La gracia magistosa que distinguía á los dos, el dibujo aguilado

sobrevivirme, lady Vargrave; la vida es muy incierta... y, ya lo veis, si yo llegara á faltar...

—Oh! no habéis de eso, mi amigo, ¡bien habéis!

—Es verdad, repuso con blandura lord Vargrave, á Dios gracias, me siento bueno y me encuentro más joven que nunca. Apesar de eso, nada es tan incierto como la vida, y si me sobreviviera, espero que no opondréis ningún obstáculo al buen éxito del plan en que se encierran todos mis deseos.

—Yol... no, no, tenéis derecho de disponer de su destino, pero tan joven, tan sensible; ella podría querer á algún otro de su edad...

—Querer!... ah!... ah!... el amor no se gobierna de la cabeza de las muchachas si no se les da una idea de él. Nosotros la tenemos preparada, á que ame á Lumley. Tengo otra razón para proceder así, una razón del mayor peso, y es que nuestro secreto se lo puede confiar á Lumley y no llega á salir de la familia; el reposo de mi tumba podría turbarse si una sola mancha se imputara á mi nombre, á mi reputación.

Lord Vargrave dijo estas palabras con calor, con solemnidad; después añadió en un tono más bajo, y como hablando consigo mismo, Si eso ha de ser para bien y mejor: tomé luego su sombrero y salió. No tarde en reunirse con la niña sobre la menuda y recortada yerba, para jugar con ella; aquel hom-